

Fundación de la SIP, toda una historia

Juan Gargurevich*

Resumen

Los periodistas latinoamericanos conocen bien a la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) porque no pertenecen a ella ni son convocados a sus reuniones. Es una entidad de propietarios de empresas periodísticas que defienden intereses que van más allá de los gremiales de los reporteros. Tienen, sin embargo, algo en común con éstos: reclaman libertad de expresión pero con visiones distintas. Mientras la SIP es una sola voz multiplicada por sus socios y muy bien organizada, los periodistas reclaman libertad para la diversidad de opiniones. Los socios de la SIP tienen una sola definición: la libertad de prensa exige libertad de empresa, una es imposible sin la otra. Los periodistas, en cambio, reclaman condiciones que permitan democratizar la libertad de opinión.

La SIP es una organización importante y de gran influencia en América Latina porque cuando lanza consignas sobre un tema que los afecta, cientos de periódicos unen voces de condena o de halago, participando en la construcción de la imagen para el exterior de un gobierno, un presidente, un partido...

Vale la pena, por tanto, conocer el origen esta Sociedad, las razones de su nacimiento. Y hacemos la advertencia de que este bosquejo histórico se parece muy poco al que propone la SIP en su historia oficial.

Palabras clave

Sociedad Interamericana de Prensa, medios de comunicación, poder e influencia en América Latina

I. Simón Bolívar y la unión americana

Para comprender a la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), a las condiciones que hicieron posible su fundación y funcionamiento, ciertamente activo y coherente durante muchos años, es necesario remitirse al contexto. Y los orígenes deben buscarse en el Panamericanismo, la doctrina de unión de los países americanos que nació con fines nobles y que se convirtió, como nos enseña la historia, en arma de doble y doloroso filo.

Fue Simón Bolívar quien avizoró la necesidad de la unión americana e intentó ponerla en práctica en el famoso Congreso de Panamá. Luego hubo dos congresos más, ambos en Lima, en 1848 y 1864. Pero el “Panamericanismo” que nosotros conocemos es aquel convocado por los Estados Unidos y que sentó sus bases en la Primera Conferencia Panamericana de Washington reunida a fines de 1889 y que duró seis meses. Allí, el Secretario de

Estado Blaine dijo a los delegados de 18 naciones: “Se da al mundo el espectáculo de una conferencia de naciones independientes, al que concurren todas en condiciones de perfecta igualdad...”

Aquella afirmación de igualdad no era, por supuesto, correcta. Los Estados Unidos habían iniciado ya la distorsión de la famosa Doctrina Monroe y ninguna de las hermosas frases pronunciadas en las siguientes Conferencias sería recordada por los infantes de marina norteamericanos.

Citemos sólo algunos ejemplos: los tratados que le dieron posesión del Canal de Panamá en 1901; la revolución panameña de 1903 sufragada por la administración Roosevelt; el “Corolario de Roosevelt” de 1904, adición a la Doctrina Monroe por la que los Estados Unidos se atribuían el derecho a pagar deudas; la nueva adición llamada “Corolario Lodge” por la que los Estados Unidos

* Periodista e historiador de los medios de comunicación. Decano de la Facultad de Ciencias y Artes de la Comunicación de la Pontificia Universidad Católica del Perú, profesor principal de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
E-mail: jgargure@pucp.pe

vetaban el traspaso de zonas consideradas estratégicas – por ellos mismos – a empresas particulares no norteamericanas, etc.

Era, en fin, la diplomacia llamada del Garrote, luego la del Dólar, que marcaron con fuego las relaciones entre los Estados Unidos y los países latinoamericanos. Sería ya cansador citar la multitud de ejemplos de intervención tanto armada como diplomática y en los que la Unión desmintió rotundamente aquella romántica igualdad de la que hablaba el buen Blaine.

II. La primer gran guerra

La Primera Guerra Mundial y su secuela para los países que ya dependían económicamente de los Estados Unidos no hicieron variar su política y, al contrario, aumentó la preocupación por afinar los instrumentos de control en complicidad con los poderes criollos.

Se llegó así a la Quinta Conferencia Americana, de Santiago de Chile, en 1923, en la que se propuso la realización de una conferencia continental de prensa. Se aprobó una recomendación a la Unión Panamericana para que la organizara en el más breve plazo.

Esa conferencia se realizó en abril de 1926 y fue llamada Primer Congreso Panamericano de Periodistas. La sede fue la Unión Panamericana, en Washington, y el presidente Calvin Coolidge y el secretario de Estado Frank Kellog participaron activamente. Era la primera vez que se reunía a tantos propietarios de periódicos de América Latina con los empresarios norteamericanos y debemos recordar que, una vez más, los temas tratados por las diferentes mesas se cuidaron de no abordar los problemas de los periodistas mismos.

En cuanto a los anfitriones, considérese solamente que Coolidge es recordado por los propios historiadores norteamericanos como el hombre que favoreció a los industriales en forma tan desmedida, que al escribir sobre su época mencionan el “tándem Coolidge-Mellon”. Rememoran así el paso arrasador de Andrew Mellon por la Secretaría del Tesoro. Es también Coolidge – nos lo indica Gregorio Selser – el hombre que envió a los infantes de marina a Nicaragua con la misión de aplastar a Sandino; es Coolidge quien dirigió las más crueles represiones antiobreras de la primera postguerra y que logró ascendencia entre los industriales gracias al modo enérgico con que controló una huelga de policías en Boston; fue también Coolidge el hombre que envió a la silla eléctrica a Sacco y Vanzetti.

III. “Se veía demasiada influencia...”

La intervención oficial fue tan grosera que el mismo James B. Canel en su breve historia de la SIP se atreve a decir: “Se veía demasiada influencia oficial, tanto de gobiernos como de la Unión Panamericana... era como si se estuviera empleando a los periodistas para complementar la acción diplomática de los gobiernos. Inevitablemente, cuando se acepta un papel de esta naturaleza, se pierde algo de la libertad que le es tan preciosa al periodista”.

No han llegado hasta nosotros detalles de lo ocurrido entonces, pero no es difícil imaginarlos. El gobierno de los Estados Unidos veía con enorme interés la posibilidad de captar a los editores para evitar, entre otras cosas, incómodas críticas a sus intervenciones imperialistas en Costa Rica, Nicaragua, Honduras, Guatemala. Y poco tiempo después de la Conferencia, el secretario Kellog repetiría ante el senado norteamericano la gastada excusa: “Centroamérica y México son focos comunistas contra Estados Unidos” justificando así las intervenciones militares.

Y, sin embargo, no se encuentra en los diarios de la época mayores críticas a los Estados Unidos; evidentemente, la Primera Conferencia llamada “de periodistas” rindió frutos.

IV. Nace la Sociedad

La Unión Panamericana no pudo cumplir el encargo de realizar una segunda conferencia y cuando en México se intenta organizar otra cita, en 1942, aquella Unión ya no figura en el llamamiento. Heredera de la vieja Oficina Panamericana, había cumplido sus fines y era ya desmantelada.

La organización se instaló entonces en La Habana, en junio de 1943, bajo el nombre de Conferencia Interamericana de Prensa con el auspicio del gobierno de Fulgencio Batista y en plena Segunda Guerra Mundial. Canel, el historiador oficial de la SIP, revela cierto sentido del humor al decir: “Huelga decir que la Sociedad no pudo nacer perfecta”, agregando que se estudiaron y aprobaron un sinnúmero de resoluciones totalmente ajenas al periodismo “que giraban mayormente en torno a la política internacional”.

En la crítica de Canel a los orígenes de la SIP debe tenerse en cuenta que a la Sociedad le resulta muy cómodo recordar con cierta agresividad sus orígenes luego de tantos años porque, entre otras cosas, prefiere encubrir así las intenciones reales

de aquellas reuniones. Al delinear un escenario en el que pareciese como si todos los países hubiesen llevado a la cita conflictos y controversias, está disfrazando con retórica que los Estados Unidos pusieron sobre la mesa el tema de la amenaza del Eje, la defensa interamericana, la posibilidad de que la Guerra tocara América, etc., a la vez que se aseguraba el control de la opinión pública -a nivel de editores- de lo que llamaba su “patio trasero”.

Por ello, al asistir a la Conferencia de Caracas de 1945, los Estados Unidos presentaron como aporte original la creación de la Asociación Interamericana de Prensa de los Estados Unidos inscribiéndola como filial de la Sociedad. Luego se realizó la cuarta reunión en Bogotá en 1946 y finalmente la reunión de Quito de 1949, reorganizadora, y que declaró ahora sí que la Sociedad “tendrá una carácter netamente profesional y apolítico”.

Sin embargo, no todo fue fácil para los norteamericanos pues en las Conferencias últimas se habían elevado voces de crítica a las agencias norteamericanas y hasta propuesto la unidad de los trabajadores de la prensa latinoamericana, con gran disgusto de parte de los editores. Los latinoamericanos recuerdan, entre otras, las intervenciones de la delegación cubana que presidía Carlos Rafael Rodríguez.

Ya antes de Quito, el Departamento de Estado había decidido cambiar el estado de cosas, reformar a la SIP y convertirla en instrumento dócil de su política. Y hoy se sabe que concertó, antes y después, reuniones de los delegados estadounidenses a la cita con sus agentes Tom Wallace y Spruille Braden, con el propósito específico de examinar la necesidad de desmantelar las Conferencias Interamericanas de Prensa y constituir un grupo “que rinda en estos tiempos el máximo servicio a nuestro país”.

V. Desconfianzas, desconfianzas...

El fruto de las reuniones fue un informe titulado “Background of Previous Interamerican Press Meetings”, entregado al gobierno de los EE.UU. el 1º de abril de 1950. Allí se decía que: “Nuestro Departamento de Estado abrigaba serias desconfianzas acerca del uso que el Congreso de Quito (la Conferencia de 1949) podía dar a ciertas conclusiones que harían posiciones anti-norteamericanas. Los delegados de Estados Unidos celebraron varias reuniones antes de ir al Ecuador, una de ellas en el University Club a la cual asistieron dos representantes del Departamento de Estado. Fue consenso general que nosotros debíamos a) Trabajar a los efectos de dar una nueva constitución a la organización original; b) Procurar que la próxima Conferencia se realizase en Estados Unidos bajo los auspicios privados de nuestras principales publicaciones. Tuvimos éxito en ambos propósitos sin tener que provocar la creación

cismática de otra organización y dejar de esa manera en descubierto que la prensa de Estados Unidos había tenido que provocarla por no poder controlar la organización”.

Efectivamente, los agentes habían hecho un buen trabajo en Quito, encaminándose ya con paso seguro a la Sexta Conferencia Interamericana de Prensa de Nueva York, en 1950.

VI. El peligroso peruano Genaro Carnero

La organización de la reunión fue un éxito desde el punto de vista norteamericano. Los cónsules en América Latina recibieron la orden de negar visas de ingreso a los periodistas progresistas y fue así como conocidos hombres de prensa -como el peruano Genaro Carnero Checa - fueron impedidos de participar. El pretexto esgrimido en el caso de Perú por el Embajador Tittman fue que Carnero Checa era “un elemento peligroso”.

Los que por alguna razón habían obtenido antes una visa que les permitieran llegar hasta Nueva York, fueron retenidos en la Aduana por los agentes del Departamento de Estado y mantenidos allí hasta el término de la Conferencia. Entre aquellos estaba Carlos Rafael Rodríguez, nada menos que el Tesorero de la Comisión Organizadora de la Conferencia.

Cuando un delegado pidió al presidente de la Conferencia, el agente Tom Wallace, que lograra la asistencia de Rodríguez, el norteamericano contestó: “Nada podemos hacer para liberar a Rodríguez porque nosotros no lo hemos detenido. Si fue detenido por el gobierno de la Unión, mi colega, debe dirigirse al gobierno y no a nosotros”.

Y, por último, quienes sobrepasaron todos los obstáculos y lograron acercarse hasta la mesa de inscripción, ésta les fue negada. Fue el caso de los editores argentinos (recuérdese que eran tiempos de Perón) aceptándose sólo a los obsecuentes con la política norteamericana.

Los auspiciadores económicos de la cita fueron los grupos periodísticos Mc Cormick de Chicago, Patterson de Washington y Nueva York; Knight de Miami, Akron, Chicago y Detroit; y los Complejos Hearst y Howard.

Así nació la actual Sociedad Interamericana de Prensa en una reunión totalmente amañada que dio control absoluto a los editores norteamericanos al eliminarse el sistema de votación por países y estatuyó “un periódico, un voto”. El historiador de la SIP escribe: “Se borró así las fronteras en todo lo relativo al derecho universal a la libertad de expresión”, olvidando mencionar que lo que realmente se borró fue la independencia del periodismo latinoamericano.